



LA LLAVE



RAMÓN J.
SENDER

Las cinco narraciones que hoy ofrecemos están a la altura de las mejores creaciones narrativas de Sender. A «La llave», «La hija del doctor Velasco» y «La fotografía de aniversario» se añaden dos relatos inéditos de Sender: «El pelagatos y La flor de la nieve» y «Mary-Lou». El primero nos hace participar de las perplejidades de un profesor de ciencias a quien un gato complica la vida. «Mary-Lou», en el que aparece el binomio hombre maduro-niña envuelto en una curiosa y simpática afectividad, que goza de cierta predilección por parte de su autor.

PRESENTACIÓN

De todos los jóvenes novelistas que marcharon al desierto, Ramón J. Sender era el más prolífico y también el más famoso y discutido. Puede decirse que era el único novelista surgido en una época antinarrativa, y ésta es una de las grandes ventajas de que ha gozado durante mucho tiempo.

Nacido en 1902, en Alcolea de Cinca, es un aragonés de pura cepa. («Para mí no existe la nación, sino el territorio, y el mío es Aragón, y a él me atengo...», ha escrito en alguna parte), impetuoso y decidido, que una vez escogió un compromiso y lo ha seguido a rajatabla, sin concesiones a la galería, lo cual quiere decir que ha variado trayectorias sin importarle las consecuencias, y ahora es mirado con recelo desde diversos ángulos. Universitario, pudo haberse unido en sus comienzos al grupo representativo de las nuevas letras españolas, que, seguros e imperturbables, autosuficientes, aunque ya un poco en decadencia, dictaban el camino a seguir. Quizá le detuvo la rudeza de su carácter, que no comprende ni siente los exquisitos experimentos de laboratorio; su seguro instinto de campesino y hombre de pueblo (aunque su familia perteneciera a la burguesía rural acomodada) o su olfato de buscador de emociones más fuertes y seguras: «Un esteta y un esteticista son una mentira en pie, un embuste fecundo que pare verdades pequeñas y ociosas»^[1].

«En 1935 recibe el Premio Nacional de Literatura por “Mr. Witt en el cantón”, una soberbia novela sobre el movimiento cantonal de Cartagena bajo la I República española,

en la que demostró de forma inequívoca su talento creador. Con ella, además, parecía inaugurar una nueva etapa de clasicismo y serenidad en su narrativa.

«Al estallar la guerra civil, Sender participa en la lucha como combatiente, y en las postrimerías pasa a Francia, luego a Méjico y, finalmente, a los Estados Unidos, en donde reside como catedrático desde hace años»^[2].

«Al abandonar España, Ramón J. Sender era ya el más importante novelista de su generación»^[3].

«Sender ha gozado de una ventaja innegable en la emigración: era el único narrador con formación y madurez suficientes, de escritor en ejercicio, al traspasar la frontera. Lo cual le da una innegable ventaja sobre el resto de sus compañeros»^[4].

«Es evidente que hay narradores a quienes la emigración afecta más que a otros. La tierra, las gentes que la habitan, el sentido de arraigamiento, están tan clavados en sus entrañas, que le son necesarios de forma imperiosa y vital para su desarrollo artístico. Tal es el caso de Sender, escritor que se ha apoyado siempre, que ha necesitado siempre al pueblo para su creación. Esta circunstancia está patente de forma clarísima en toda su obra, antes y después de la guerra, y cuando se ha apartado de tal fuente, ensayando caminos distintos, el acierto le ha abandonado en general.

«Así, pues, Sender, escritor arraigado, aún más, localizado —pues gusta de circunscribirse a los ilergetes, antiguos pobladores del Alto Aragón—, donde logra mayor altura en su obra es con el tema de España, consustancial a sus necesidades y preocupaciones»^[5].

«En general, su obra, tanto la novelesca como los reportajes, está en continuo compromiso con el hombre, dando testimonio de él, de sus anhelos y sufrimientos, siendo la característica más importante de todo su quehacer, y que continúa posteriormente, al margen de ideologías y parti-

dos. Lo primero y básico de su vida es su amor y preocupación por el hombre de carne y hueso»^[6].

«El ser humano le interesa profundamente como tal, y sólo las circunstancias pueden situar al hombre en distintos estratos de la sociedad y orientar sus posiciones. Pero lo importante es el hombre mismo, sea un conquistador del siglo XVI o un estudiante, un labrador, un millonario o un obrero de nuestros días»^[7].

«Cuando se tropieza con algo que es una realidad innegable —por ejemplo, un accidente geográfico, que puede ser una montaña o un río—, nos guste o no nos guste, ya no se puede confundir con ninguna imitación (decorado de cartón, acequia e incluso canal). Hay algo que es y algo que no es. Sender es. No encuentro para este autor otra definición mejor que ésta»^[8].

«Es un narrador discursivo, barojiano, directo, en el que lo dinámico domina sobre lo estético. Se le nota al aragonés que lleva dentro en preferir —gracianescamente— la quintaesencia al fárrago. No se anda en florituras»^[9].

Sus obras más importantes de postguerra son: «Novelas ejemplares de Cíbola», «La aventura equinoccial de Lope de Aguirre», «Crónica del Alba», «Tres novelas teresianas», «Réquiem para un campesino español», «El bandido adolescente», etc.

«En “La llave y otras narraciones” aparecen con toda nitidez los caracteres fundamentales del estilo de Ramón J. Sender: su nerviosa rapidez narrativa, que nos pone en contacto con cosas y personas de manera directa, inmediata; su prodigiosa facultad creadora de ambientes; la formidable eficacia de su diálogo, de potente dinamismo»^[10].

«En “La llave”, primera de estas narraciones, percibimos un clima que podría entroncarse con Faulkner. La casa desvencijada y polvorienta de Avelino y Rosenda está “fuera de la ciudad, cerca de los vertederos. Aquella noche hacía viento y se oían rodar por la llanura latas vacías”. Hombre y

mujer se disputan la llavecita de la caja de caudales. En el sótano, donde duerme Fau —el idiota, la fuerza bruta—, hay un loro sobre un roto maniquí de mimbre. Los hechos acaecen con un automatismo fatal. El marco es de pesadilla»^[11].

En «La hija del doctor Velasco» asistimos a la locura tranquila y pertinaz de un médico que se empeña en «hacer vivir» a su hija muerta. «La fotografía de aniversario» nos ofrece el diálogo, pleno de interés, sencillo, perfecto, de un matrimonio en el que ha nacido la sombra de una sospecha de infidelidad. «El pelagatos y la flor de la nieve» y «Mary-Lou» son dos relatos inéditos de Sender. El primero nos hace participar de las perplejidades de un profesor de ciencias a quien un gato complica la vida. «Mary-Lou», en el que aparece el binomio hombre maduro-niña envueltos en una curiosa y simpática afectividad, goza de cierta predilección de su autor.

LA LLAVE

Avelino hizo algún dinero cambiando naranjas por trapos, bisutería baja por hierros viejos, y últimamente construyó la casa donde vivían, pero el tercer piso estaba sin terminar aún. Aquel piso sin construir era un motivo de burlas.

Unos decían que Avelino había andado corto de dinero y otros, los más, que había peleado con el maestro de obras antes de acabar la casa, lo que podía ser bien posible, ya que desde que entró Avelino en la cincuentena había desarrollado un carácter agrio y peleaba con todo el mundo.

La mujer de Avelino se llamaba Rosenda. Parecía desvencijada y polvorienta como los muebles de la casa.

Estaba la casa fuera de la ciudad, cerca de los vertederos. Aquella noche hacía viento y se oían rodar por la llanura latas vacías. Un ruido miserable que a Rosenda le era familiar e incómodo, pero que a su marido no le disgustaba.

Ella hablaba con su dulzura falsa, entre suplicante y amenazadora, y viendo que él no quería escucharla, gritaba de pronto de una manera destemplada y escandalosa.

Entonces Avelino parpadeaba y retrocedía.

Las palabras estridentes de Rosenda no parecían corresponder a aquel lugar, porque eran duras y malsonantes. Ella tenía un perfil beato, y en el fondo de la habitación había una imagen de la Virgen entre dos velas apagadas.

Rosenda había tenido principios. Estuvo en su juventud un año interna en un colegio de pago. Eso decía a veces a

sus amigas y también al marido, quien la escuchaba sin considerarse obligado a creerla.

Un colegio de pago. ¡Bah!

No era el matrimonio muy religioso, aunque tenía sus hábitos de orden. Digo de orden moral.

Y aquella noche ella andaba detrás de su marido por la vasta habitación. Ni los ruegos ni las amenazas le convenían a Avelino. Rosenda no sabía qué hacer y en un achaque heroico decidió renunciar a su empresa:

—Me voy —dijo.

Pero no se movía de su sitio.

—¿No dices que te vas? —preguntó él plácidamente.

Esta vez se fue realmente, pero no muy lejos. Quedó en el pasillo, al lado de la puerta.

Creyéndose solo Avelino sacaba del bolsillo una llavecita y la contemplaba en éxtasis. Era la llave de la vieja caja de caudales donde guardaban sus ahorros. Y Avelino sonreía y murmuraba senil:

—Pequeñita la llave. Pequeñita y chulita, con sus letritas y con el agujerito para el ratoncito.

En aquel momento volvió a entrar Rosenda, conciliadora. Las cintas de su toca colgaban debajo de la barba. Daba pena verla tan sumisa y tan vencida, pero Avelino evitaba su mirada.

—Maridito mío, enséñamela a mí —suplicaba ella.

—¿El qué?

—La llave con el agujerito para el ratoncito.

—No.

—Anda, amor mío.

Avelino movía la mandíbula impaciente, como si estuviera masticando. Miraba alrededor buscando un objeto (un palo, una botella) para pegarle o un espacio abierto para escapar. Con su mujer —pensaba— sólo había esos dos recursos.

Y el movimiento de la mandíbula se aceleraba un poco. Luego se tranquilizaba a medias:

—En cuanto oscurece vuelves a tu tema. Esta llave es mía. Y la verás cuando vuelen las vacas.

—¿Qué dirán los vecinos si lo saben?

—¿Vecinos? ¿Qué vecinos? ¿Cuándo hemos tenido vecinos nosotros?

Con una falsa dulzura se le acercaba Rosenda y llegaba a ponerle una mano en el hombro. Por la ventana abierta la luna vertía una claridad tímida que se diluía hacia el centro de la habitación entre los resplandores de dos bulbos eléctricos desnudos.

—¿No recuerdas, maridito mío? —sonreía ella mostrando los dientes careados—. Desde hace diez años tenemos un pacto. Quince días tú y quince yo. Es lo que corresponde a un matrimonio bien avenido. El año pasado, cuando me tocaba dártela, tú venías y yo la escondía, y tú andabas alrededor busca que te busca. Vamos a hacerlo otra vez. Mira, Avelino, hace un mes y cuatro días que la tienes tú. ¿Te parece eso razonable?

—Yo no digo que lo sea ni que lo deje de ser. No digo nada.

Sintió Avelino de pronto la presión de la mano de su mujer en el hombro y se retiró dos o tres pasos. Desde aquella distancia y sintiéndose seguro la miró de pies a cabeza. Ella insistía con una sonrisa marchita:

—¿Dónde la guardas? Yo diré el lugar y tú responderás: caliente, caliente. O frío, frío. Y cuando acierte me la darás. Como otras veces.

Receloso, Avelino se apartaba más.

—Ahora es distinto. No juego, porque ahora es distinto. Tú tienes demasiada trastienda y cuando dices blanco piensas negro.

Seguía ella haciéndose la niña:

—¿La tienes en el bolsillo derecho?

—Frío, frío.

Al darse cuenta de que había entrado en el juego pali-deció, se apartó, caminando de costado, y alzó la voz:

—Ya te he dicho que no juego. ¿Para qué la quieres?

—Es tan mía como tuya.

—¿Eh?

—Bienes gananciales. Tan tuya como mía.

Estaba entrando Rosenda en la segunda fase de sus crisis, que era insultante y gesticuladora:

—¡Mira allá, ladrón!

Alargaba la mano hacia la imagen del fondo. En camisa de dormir, con aquel brazo extendido, se la veía flaquear en sus planes de persuasión y de dulzura. Pero no se atrevía todavía a echar el trillo por las piedras. Y seguía con el brazo tendido:

—Delante de la Santa Virgen hicimos el pacto hace más de once años. ¿No te acuerdas? Es imposible olvidar una cosa así. ¿Dónde tienes la llavecita? ¿En la vuelta de los pantalones? ¿Frío?

Alarmado, Avelino se arrimaba a la pared:

—Yo no he dicho frío ni caliente.

Trataba una vez más Rosenda de atar bajo su barba las cintas de la toca de dormir, pero estaba nerviosa y sus manos temblaban. El marido parecía incrustarse en el muro, y tenía miedo. Cuando ella gesticulaba con manos temblorosas, no se sentía seguro:

—¡No te acerques! ¡No te acerques más o te doy un so-
plamocos!

Viéndole amenazador —es decir, miedoso—, ella recobraba las esperanzas. Y no se acercaba, pero simulaba un acento más ligero:

—¿Te acuerdas de aquel día, tal como hoy, hace un año? Te escondiste la llave en la boca, te dio la tos y casi te la tragaste. ¡Aquello sí que tuvo chiste!

—¿Chiste, eh? ¿Y la salud? Podría haberme ahogado.

Al recordarlo, Rosenda tosió un poco, y por mimetismo tosió también su marido. Pero éste recuperó en seguida su pugnacidad:

—Yo no me acuerdo de nada. Y no vengas con cucamonas, que te conozco.

Perdió Rosenda los nervios, y tirando de las cuerdas de la toca las arrancó. Los encajes, gastados por el uso, se le bajaron a las cejas.

—Caín, ¿dónde está la llave?

—¡No te acerques!

—¿Dónde está, falsario, mameluco?

Se dirigió Avelino hacia la mesa y extendió la mano:

—Mucho ojo, porque te doy con la botella.

Era obstinado Avelino, y la mujer, que lo conocía, no se hacía ilusiones. Miró al techo, vio una telaraña en un rincón, pensó que tendría que quitarla al día siguiente, y, cambiando súbitamente de táctica, dijo con su registro más tierno:

—¡Avelino mío! Estamos dando un mal ejemplo a la vecindad.

—No hay vecindad ninguna.

—Está bien. No me des la llave. Pero ven esta noche a dormir a mi alcoba.

—Para quitármela.

—No. Es el amor que te tengo.

Los ojos de Rosenda se iluminaban con un fulgor verdadero. Los de Avelino se hacían más opacos para decir:

—Dormiré en el suelo, en el pajar. Esta noche tú te traes algo entre cejas. Algo que has combinado con tu hija.

Porque Rosenda tenía una hija de un matrimonio anterior. Una chica con la fragancia de los quince años, ni fea ni hermosa. Aquella mozuela que se llamaba Virginia comenzaba a coquetear en el barrio. A veces se lavaba un poco y era casi bonita.

Rosenda negaba:

—Aunque pensara en Virginia —decía después—, ¿qué tendría de particular? Mi hija es. Mi hija, nacida en sagrado matrimonio. Mi hija legítima.

Se llevaba la mano a la mejilla, como si le dolieran los dientes:

—Mi hija, mi pobre Virginia, que tú no dejas venir a esta casa, a la casa de su madre amada.

—¡Tu hija! Estoy harto de esa canción.

—Años hace que debía estar educándose en un convento.

—¿La hija del Mónico?

—En sagrado matrimonio la tuve.

Se conmovió hasta verter dos o tres lágrimas, que exhibió alzando el rostro en la dirección de la luz. Pero en vano. Avelino no quería ver nada. Al darse cuenta, Rosenda se secó la mejilla, volvió a sonreír y gritó:

—¡La tienes en el forro de la chaqueta!

Avanzaba hacia su marido, que retrocedía hasta dar otra vez con la espalda contra el muro.

Y Avelino respondía:

—Tú estás maquinando algo. Esta tarde he visto en el corral las huellas de la rueda del afilador y de sus botas claveteadas. ¿A qué ha venido?

—A afilar los cuchillos.

—Mentira. Ha venido por el respectivo de tu hija. Juraría que ella estaba también esta tarde en casa.

—¿Cómo sabes si estaba o no?

—Olía la escalera a pachulí.

Como tantas veces, Rosenda se disponía a la defensa de su hija:

—No tengo que ocultarla —decía recogiendo del suelo una de las cintas arrancadas de su cofia—. Mi hija es. Pero tú escondes a tu hijo, el hijo de tu sangre. Lo escondes en tu propia casa.

Y no lo has reconocido y lo tienes aquí como criado, y el pobre no sabe que es tu hijo. ¡Confíesalo, caimán! Confiesa que te avergüenzas de tu propia sangre.

No sabía qué responder Avelino. El tic de su mejilla agitaba también un poco su oreja izquierda.

—¡Cállate, hiena! —decía bajando la voz.

Miraba al fondo de la habitación y veía la imagen de la Virgen:

—¿Por qué están las velas apagadas?

Aquella era la pregunta que esperaba Rosenda. Y respondía como el chorro de un surtidor:

—Me da vergüenza encenderlas, porque has roto tu promesa. Dame la llave. Quita la amargura del corazón de esta madre. Cumple el juramento, el que hiciste delante de esa imagen bendita, y la encenderé. Eso es.

—¿Juramento?

—Aquí mismo lo hicimos. Quince días tú, quince yo.

Retrocedía Avelino con las manos en los bolsillos de la chaqueta:

—La llave, la llave. ¿Es que falta algo en esta casa?

Callaba un momento para dar énfasis a lo que iba a decir, sacaba las manos de los bolsillos y las enlazaba a la espalda, satisfecho de sí:

—En esta casa se vive de las rentas. Me levanto, me pongo un calcetín y me he ganado tres pesetas, me pongo otro calcetín y me he ganado dos más. Rentas honradas ganadas con el sudor de mi juventud. Pero tú te traes algo con tu hija. ¡La hija de Mónico! La hija del Mónico amontonada con el afilador. ¡Buena lección para el Mónico en su tumba! Y ahora pides la llave. ¿Para qué? No tienes que pregonarlo, porque yo sé muy bien para qué quieres la llave.

—Es el juramento.

—¡No la verás en los días de tu vida!

—¡Avelino!

—Es como si te hubieras vuelto ciega para la llave. ¡La hija del Mónico manceba del afilador! Vivir para ver.

Trataba de reír y hacía una mueca extraña. Rosenda no podía tolerar aquello:

—Al menos mi hija tiene todas sus facultades. No puedes tú decir otro tanto de tu hijo.

Se alzaba Avelino sobre las puntas de sus pies, y la indignación le hacía parecer un poco más joven:

—Ya soltaste tu veneno. Ea, ya lo soltaste.

—El pobre Fau ni siquiera sabe que es tu hijo, que lo tienes como un criado.

Miraba alrededor Avelino temeroso de que Fau oyera aquellas palabras. Sentía la irritación temblorosa de la vejez. Fuera se oía el viento. En los vanos descubiertos del tercer piso sin acabar de construir había ropa tendida y gemían los alambres contra sus soportes. Al viejo Avelino los rumores de la noche lo alarmaban. Estuvo escuchando y tomó un aire conciliador:

—¡Cállate, Rosenda!

—¿Yo? Yo no me avergüenzo de mi hija.

—¿No ves que puede oírte Fau?

—¡Que se entere de una vez! ¡Que lo sepa el mundo entero!

—No, eso no. No debe saberlo.

—¿Que no? ¡Vaya si lo sabrá!

—El día que lo sepa Fau será un mal día para nosotros.

—No veo por qué para mí. ¿Qué tengo que ver yo?

—Perderá los estribos Fau y nos pegará. Te aseguro que si pierde los estribos, nos pegará. A ti la primera.

Rosenda se quedó un momento callada rumiando aquellas palabras, y luego volvió a su tema fingiendo una calma bondadosa:

—Dime dónde tienes la llave y me callaré.

La sacó Avelino en la palma de la mano y la mostró un momento, retrocediendo para ponerse fuera del alcance de Rosenda:

—La ves y no la ves.

—Enséñamela otra vez, Avelino.

El viejo abría la mano y retrocedía, prudente:

—Es como si no la hubieras visto. ¿Lo oyes? Olvídate de que la has visto.

Al decir estas palabras se oyó llamar en la puerta de la escalera y Avelino escondió rápidamente la llave en su bolsillo. Poco después la puerta se abrió y apareció Fau en el umbral. Se quedó de pie frente a su padre y a su madrastra. Era grande, inexpresivo, y parecía tener una docilidad de buey. Había vivido siempre en la casa como un criado.

Se sentía Avelino incómodo delante de su hijo:

—¿Qué quieres?

—Vengo a decirle que ya me comí las coles.

—¿Qué coles?

Rosenda reía sin ganas, sólo por molestar a su marido. Fau respondía:

—Las que se florecieron. Hice cuatro calderas, una más que el año pasado. Pero vengo también a decirle algo aquí a la señora.

—¿A mí? —se precavió ella.

Pensaba Avelino que cuando Fau tenía algo que decir a Rosenda solía ser algo escandaloso sobre su hija. Era precisamente lo que sucedió entonces:

—Vengo a decirle que el afilador quiere llevarse a Virginia para explotarla por los caminos.

Soltó Avelino a reír, y era una risa con la que a toda costa quería molestar a Rosenda:

—Ya lo decía yo. Ahí la tienes. Para llevarla por los caminos.

No había terminado Fau, y con la inocencia de un animal medio domesticado alzaba el belfo y explicaba:

—El afilador tenía antes un burro, pero se murió. Se llamaba «Charlot» y se murió de un torozón. Y ahora quiere llevarse a Virginia para que tire del carro. Para eso la quiere, para ponerla en el puesto de «Charlot».

Rosenda, ofendida, alzaba la voz:

—¡Cállate, imbécil! ¿Qué sabes tú?

Otra vez reía Avelino, con una risa que parecía copiada de la de su mujer. Tenía una sola forma de ironía, que a veces usaba él y a veces ella. Y hablaba: